



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CON LICENCIA ECLESIASTICA

PR 2244  
FZ  
448

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

## PROLOGO

I

### EL MESÓN DE LA AMAPOLA

Al terminar el siglo xv existían en las afueras de la puerta Bucy, detrás del caserío y de la abadía Saint-Germain-des-Prés, dos edificios colocados uno enfrente de otro. Era el primero el nobilísimo castillo de la Marche, el cual iba á convertirse ya en palacio del mismo nombre merced al ensanche de la zona urbana de París; el segundo era un modesto mesón á cargo de José Amapola, cuyo principal título consistía en ser esposo de la Amapola, mujer que había adquirido gran celebridad en aquellos contornos.

La Amapola dirigía su posada con la prudencia que debe presidir en todo gobierno bien comprendido; era señora, en toda la extensión de la palabra, dentro del recinto formado por las bardas y tapias de su cercado. José no podía aspirar más que al rango de ministro responsable, en el sentido de que era él el encargado de recibir los cintarazos que con la hoja de la espada ó el asta de la alabarda le propi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

naban los arqueros y valentones á quienes su mujer echaba algún bufido que los dejaba de mala cara y peor talante.

Por lo demas, la Amapola tenia un semblante agradable y placentero, una sonrisa benévola cuando no se encolerizaba, un talle airoso y un corazón que puede decirse lo llevaba en la mano.

El palacio de la Marche se levantaba á la otra parte de la carretera real, á doscientos pasos, poco más ó menos, de las tapias que cerraban el pequeño jardín del mesón. Después del matrimonio del difunto y excelente condestable Bernardo con Leonor de Borbón, de la rama de los condes de la Marche, habia sido ésta siempre la habitación de la gran familia de Armagnac, una de las más poderosas y principales, y la misma que dió su nombre á la bandería de los partidarios del duque de Orleans.

Al fin del siglo xv no se gritaba ya en las calles: *Armagnac ó Borgoña*, como en tiempo del rey Carlos VI; pero Jaime de Armagnac, duque de Nemours, conde de la Marche y señor de otros cincuenta dominios, era todavía, á pesar de la decadencia de los grandes vasallos de la corona, un príncipe capaz de hacer tragar aún mucha saliva á su soberano.

Considerábasele como uno de los jefes de aquella famosa liga denominada *del bien público*, de la cual formaban parte los duques de Borgoña, de Bretaña y de Guyena, el conde de Saint-Paul y tantos otros esclarecidos varones, que llegaron á conducir al mismo Luis XI al borde de su ruina.

Pero es el caso que Luis XI poseía muchos arbitrios igualmente *soberanos* para descartarse de las personas que le embarazaban. El medio más eficaz de todos ellos y el más conocido se llamaba Tristán el Ermitaño.

De los señores que componían la célebre liga, el duque de Guyena fué el primero en morir. El duque

de Orleans, que debía ser más adelante Luis XII, pero que acababa de salir apenas de la adolescencia entonces, se retiró á sus estados después de cometer la grave falta de rehusar la mano de Madama Ana, hija de Luis XI y acabado retrato, en lo físico y en lo moral, de su padre.

Esta joven princesa abrigaba en todo las mismas opiniones que el rey, é inmolaba con igual frescura á cuantos no eran de su mismo parecer. Por lo demás, su exterior era agradable, aunque algo bizca y de mirar sombrío.

El duque de Orleans debía acordarse mucho tiempo de ella.

El duque de Borgoña murió, como hemos dicho; el duque de Bretaña desenvainó su espada contra los ingleses; el conde de Saint-Paul y los demás entendieron en el ajuste de las paces; sólo Jaime de Armagnac, duque de Nemours, se mantuvo firme, dejándose coger prisionero poco tiempo después dentro de los muros de Carlat, en Auvernia.

El duque de Nemours rindió su espada á Pedro de Borbón, señor de Beaujeu y general del ejército. Precisamente la princesa Ana, hija del rey Luis XI, se habla casado con ese mismo Pedro de Borbón así que hubo perdido la esperanza de atraer al de Orleans. El señor de Beaujeu era sin disputa el más hidalgo caballero del mundo, pero ocupaba en la casa de su ilustre esposa el mismo sitio que José Amapola en la posada de su mujer.

Al recibir la espada del duque de Nemours, Pedro de Borbón le prometió la libertad, la vida, la conservación íntegra de todos sus bienes y muchas otras cosas igualmente lisonjeras. Y... efectivamente, en vista de esta capitulación, la joven princesa Ana, durante la ausencia de su padre, que á la sazón habia emprendido un corto viaje, mandó encerrar al duque de Nemours en una jaula de hierro,

rogando al Parlamento que le condenara á ser decapitado.

A pesar de que en tiempo de Luis XI el Parlamento no se atrevía á negarle nada, era tan pública y conocida la capitulación del duque de Nemours, que la asamblea se detuvo muchas semanas sin atreverse á decretar una iniquidad tan flagrante como la que se le pedía. No se conocía en Francia casa que gozara de mayor popularidad que la de Armagnac. Acordábase aún todo el mundo del condestable Bernardo y de sus heroicas proezas. Jaime, su hijo y heredero, el actual duque de Nemours, no carecía tampoco de cualidades á pesar de su carácter violento, puesto que sus vasallos le habían permanecido fieles en el infortunio y su joven esposa le adoraba con amor inalterable.

La misma duquesa contribuía no poco, sin sospecharlo, á alimentar la indecisión del Parlamento; pues la circunstancia de ser prima del rey hacía que los jueces temieran verse envueltos en las querrelas de la familia real, que les parecían harto peligrosas.

Regresó el rey de su viaje y apresuróse á aprobar la conducta de su hija Ana, no quedando igualmente satisfecho de la de los jueces, cuya lentitud y dilaciones en el despacho del proceso le desagradaron hasta el punto de inducirle á reunir nuevo parlamento en la ciudad de Noyon. Entretanto, Jaime de Armagnac seguía sepultado en el calabozo, limitándose á negar la competencia del tribunal que debía juzgarle. Durante su larga prisión no hubo medio de arrancarle ni una confesión ni un secreto.

Tales eran las circunstancias cuando determinó el rey visitar personalmente á Isabel, duquesa de Nemours, la cual, vestida de luto como si hubiera ya enviudado, ocultaba su dolor detrás de las altas murallas del castillo de la Marche, en donde vivía

con su hijo Juan de Armagnac, que contaba apenas la edad de cuatro años.

Cuando el rey se presentó delante del puente levadizo, el capitán de los hombres de armas de Nemours quiso oponer resistencia; pero la duquesa Isabel ordenó, por el contrario, que se abrieran de par en par todas las puertas, bajando ella misma á recibir al rey hasta la última grada del vestibulo. En este acto se presentó acompañada de su escudero y pariente el señor de Soles, quien desde la cautividad de su esposo le había dado grandes pruebas de la más caballerosa y respetuosa adhesión.

Otro de sus parientes, el hermoso caballero Olivier de Graville, acompañaba al rey, y, según la voz pública, poseía el favor de la princesa Ana de Beaujeu. Parece que este gentilhombre contaba con la formal promesa de que se le otorgarían el ducado, dominios y pairía de Nemours tan luego como fuera un hecho consumado la perdición de Jaime de Armagnac, cuya condena llevaría en pos de sí la confiscación de todos sus bienes. El caballero de Graville había años atrás aspirado inútilmente á la mano de la duquesa Isabel.

La visita del rey fué breve; pero después de ella quedó tranquilo y consolado el ánimo de Isabel, hasta el punto de recobrar casi la alegría que le era habitual. Luis XI había querido conferenciar á solas con su prima. En tanto que duraba la entrevista, los arqueros y servidores del castillo pudieron observar cómo el caballero de Graville daba un paseo de circunvalación á lo largo de las murallas, procurando, al parecer, grabar en su memoria todo el plan estratégico de la fortaleza. Acompañábale el escudero Guillermo de Soles, el cual respondía en voz muy baja á todas sus preguntas.

Estos indicios no parecieron de buen agüero á los hombres de armas de Armagnac, y tal vez habrían

surgido inmediatas y funestas consecuencias si el preceptor del joven duque Juan, que pasaba por ser muy débil de espíritu, y á quien apellidaban el hermano Pacífico, no se hubiera permitido manifestar ciertos temores.

Bastaba que el hermano Pacífico mostrase alguna inquietud, para que todo el mundo prorrumpiera en risas ó en burlas, puesto que era indiscutible para la gente del castillo que aquel pobre hombre de letras tenía los sesos algo derretidos.

Veíasele constantemente llevando consigo grandes legajos empolvados y carcomidos. El duque había intentado muchas veces despedir á aquel visionario que, según él, se alimentaba de la polilla de los pergaminos; pero como el hermano Pacífico tenía necesidad absoluta de ganar su sustento, el piadoso corazón de la duquesa había conseguido mantenerle en la posesión del cargo de preceptor, que desempeñaba lo mejor que podía y sabía.

Para los que sabían leer—y en el castillo no era muy considerable el número de los que llegaran á tanto—no cabía duda de que los grandes mamotretos que con tanta afición cuidaba Pacífico no versaban exclusivamente sobre puntos de religión ó de poesía, creyendo que probablemente se contarían entre aquéllos las obras de Raimundo Lulio, de Nicolás Manuel y del presbítero Juan, sobre la transformación de los metales. En este tiempo el descubrimiento de la piedra filosofal excitaba más temor que burla; así es que habría sido muy respetado el pobre hermano Pacífico si se hubieran tomado en serio sus investigaciones, tanto más, cuanto que se notaba en derredor de él algo vago y misterioso. Pero, por otra parte, la fisonomía del pedagogo era tan dulce y cándida, y quedaba á menudo tan desconcertado ante las más triviales preguntas que le dirigieran, acaso, mujeres sencillas y niños de la

más tierna edad, que no podía inspirar, á los que le conocían, otro sentimiento que el de la lástima. Pacífico no sabía atacar ni defenderse; no intentaba siquiera disimular su pusilanimidad; la vista de una espada le hacía temblar como un azogado y bañaba en sudor frío los largos mechones de su lacia cabellera.

Por más que hacía mucho tiempo que formaba parte de la servidumbre del palacio, residía en él como un hombre completamente desconocido; nadie le amaba, y todo el mundo le miraba con prevención. La idea general que acerca de él se tenía formada, era la de que le herían vivamente los malos tratamientos de que le había hecho víctima el duque actual; llegando algunos á sospechar que cuando se ofreciera una favorable coyuntura, aquel carácter socarrón y degradado podría erguirse á semejanza de la serpiente que, al verse aplastar, muerde la planta de su amo.

El hermano Pacífico siguió con atenta mirada al caballero Olivier de Graville y al escudero Guillermo de Soles durante el tiempo de su paseo, y al observarles parecía como que reflexionaba, acompañando su meditación con algunos ligeros sacudimientos de cabeza. Los hombres de armas y los criados se reían estrepitosamente á la vista de este espectáculo.

—Eso será que ha encontrado en sus libros—decían unos—que el hermoso caballero de Graville es un encantador que va á reducir á polvo las murallas y las torres del castillo.

—¡Toma, toma! — replicó otro chusco; — mirad cómo la gente del rey ha reparado en él y le señalan ya con el dedo.

Este último decía verdad. Olivier de Graville acababa de divisar al pobre clérigo y cambiaba algunas palabras con Guillermo de Soles.

—¡Oh, oh!— exclamaron los de Armagnac.—He aquí que mosén Olivier va á dirigir la palabra al hermano Pacífico. ¡Estamos aviados si por esta muestra juzga de la casa de nuestro señor el duque Jaime!

Efectivamente, Olivier había marchado de un modo brusco hacia el preceptor, quien se quedó temblando en su presencia.

—¿Es verdad—le dijo—que tu señor te ha tratado como á un esclavo?

—Yo— murmuró consternado él—no me he quedado jamás de eso.

—¡Responde!...—insistió el de Graville.—¿Es verdad?

Pacífico lanzó una mirada escudriñadora en derredor de sí, como si buscara un hueco en donde ocultarse.

—Soy un pobre hombre, señor—murmuró,—y los que son más fuertes que yo me tratan como tienen por conveniente.

Graville golpeó el suelo con violencia, haciendo resonar sus bruñidas espuelas, y sacudiéndole con impaciencia mientras tenía asidos sus brazos, exclamó:

—¿Eres tú de Normandía? ¡El duque te ha pegado, ha hecho de ti la burla y diversión de sus sirvientes; el duque te ha arrojado á sus pies, pisoteando tu cuerpo!...

Pacífico elevó sus ojos, tristes y dulces como los de un niño, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas enjutas, mientras respondía:

—No es preciso ser duque para hacer eso, señor. Todo el mundo se ríe de mí, todo el mundo me pisotea también.

Olivier le soltó, y dejándole en aquel sitio, volvió á juntarse con el séquito del rey.

—Ya oís—dijo con viveza—lo que sus vasallos

mismos dicen de él. Sed testigos, y cuando la ocasión se ofrezca, repetid las palabras que acabáis de escuchar ante el rey nuestro señor y la princesa Ana.

Así que el caballero Olivier y sus camaradas reanudaron su interrumpido paseo, los hombres de armas de Armagnac rodearon al hermano Pacífico, gritando todos á una voz:

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha dicho?

—¡Dios se apiade de nosotros!—murmuró él, mientras sus dientes castañeteaban aún por efecto de la violenta emoción que acababa de experimentar.—Quizá habría aún tiempo de conducir á nuestro joven señor á los Estados de su primo de Borgoña.

—¿Qué te ha dicho?—repetieron ya impacientes los soldados.

Por toda respuesta inclinó la cabeza sobre su pecho, dejando que su melnuda cabellera le ocultara el rostro; esto fué lo único que obtuvieron de él sus interlocutores.

En este momento vióse aparecer en lo alto del vestibulo al rey Luis XI, que conducía galantemente de la mano á su hermosa prima, radiante de alegría y con los ojos arrasados en lágrimas de felicidad.

—Gracias, mi muy amado señor—decía la duquesa,—que Dios os aumente la gracia que me habéis otorgado.

## II

### LA TEORÍA DEL HACHA

La princesa Ana de Beaujeu poseía el arte de hablar con rara elocuencia, y era muy dada á emplear figuras retóricas. La víspera de aquel día,

dirigiéndose al hermoso caballero Olivier de Graville, pronunció estas palabras:

—Cuando se corta á raíz de la tierra el tronco de una vieja encina, veréis que en derredor de ella nacen luego y medran vástagos juvenes que se desarrollan con lozanía.

El de Graville conocía bastante á la princesa para penetrar el oculto sentido de su metáfora.

—Precisamente—respondió—nuestra encina no tiene más que un vástago, y me parece que para cortarlo sobraría con un ligero golpe de hacha.

Ana le miró con fijeza y le preguntó intencionalmente:

—En tal caso, ¿seríais vos por ventura el leñador?

Olivier de Graville era un caballero; así es que vaciló, cubriéndose de palidez su orgullosa frente mientras respondía:

—Odio á Jaime de Armagnac, duque de Nemours; pero la sangre de un niño mancha la manopla de un hombre de honor.

—Habíaseme dicho—murmuró la hija de Luis XI con amarga sonrisa—que cierto *hombre de honor* llevaba hace mucho tiempo una mancha que no ha sido vengada aún, una mancha que no desluce, es verdad, su manopla, pero que deshonra su frente, puesto que se la ve todavía cuando lleva alzada la viseira de su casco.

Mientras decía eso, Ana había ido levantando el brazo con lentitud, hasta que acabó por tocar con su dedo una larga cicatriz medio oculta entre los rizos de la cabellera de Graville. La sangre de éste se agolpó con impetu á su frente; sólo la cicatriz permaneció lívida en medio del sonrojo de vergüenza que invadía todo su semblante.

—¡Ah!—tartamudeó.—¡También os han dicho eso, señora!

—Eso me dijeron—añadió la dama—un día en que

me estaba lamentando del accidente que hizo quedara abierta de una lanzada la más hermosa frente de caballero que había en la corte del rey mi padre. Jaime de Armagnac me respondió entonces:—«Eso no es un lanzazo, señora.»

La respiración de Graville se iba haciendo cada vez más difícil.

—Y como yo le dijera—continuó de un modo implacable la señora de Beaujeu—¿«qué es, pues, monseñor»? Jaime de Armagnac me replicó, mostrándome el pomo cincelado de su espada:—«Observad bien, señora, y mirad mejor la cicatriz del caballero Olivier; veréis entonces cómo mi sello ha quedado grabado sobre su piel, y cómo esa cicatriz tiene la misma forma que el pomo de mi espada.»

—Y verdaderamente—añadió la hija de Luis XI como si acabara de hacer por vez primera la comparación,—me parece ver en vuestra frente la flor de lis con que remata el estoque del primo Nemours.

Olivier de Graville permaneció mudo y avergonzado.

—He aquí—prosiguió la princesa—una buena venganza que podríais ahora tomar del brutal proceder del duque de Nemours, acabando con su vida y la de su linaje; eso sería presente y porvenir...

De esta suerte, todos los que os quieren podrían vislumbrar para vos una prosperidad brillante que tuviera sólo por límite la corona ducal, que tanto merecís.

Graville se hallaba ya repuesto de su turbación, y respondió:

—Yo había pensado ya en todo eso, señora;—y añadió con calma y solemnidad:—seré el leñador, con la condición de que vos pongáis el hacha en mis manos.

En aquel tiempo el rey Luis XI hacía cuanto de-

seaba su hija. Al día siguiente se presentó en el castillo de la Marche, en donde su prima de Nemours residía sola y como si fuese ya viuda; el caballero de Graville acompañó al rey en esta expedición, como ya hemos visto. Tratábase tan sólo de preparar el golpe decisivo, es decir, el hachazo. Algunos meses antes, el desgraciado duque de Nemours había conseguido hacer llegar á manos de su esposa Isabel una carta escrita en el fondo del calabozo; en esta carta encargaba que su hijo y heredero Juan de Armagnac saliera del castillo de la Marche para ir á ocultarse á un sitio seguro. La duquesa obedeció inmediatamente, haciendo que desapareciera su hijo de las miradas de todos; pero nadie dudaba de que el joven duque no andaba muy lejos de allí.

La visita del rey Luis tenía dos objetos: abundaba no poco en las ideas de su hija Ana, relativamente á las viejas encinas y sus jóvenes renuevos, así es que deseaba ante todo hacer que su primo Nemours saliera de la Bastilla, en donde estaba bajo la protección de la ley, y quería, en segundo lugar, sólo por complacer á su querida hija, saber en dónde se ocultaba el duquesito.

La partida era bien desigual entre un rey astuto y una pobre mujer que no abrigaba la menor desconfianza hacia él; hablóle de los lazos de la sangre, y la duquesa creyó que Dios había tocado aquel real corazón; la pobre lloró de alegría escuchando sus lisonjeras promesas; y una hora después de haber salido por el puente levadizo el rey con su servidumbre, el niño Juan de Armagnac regresaba á la casa paterna á la vista de todos.

Al mismo tiempo el duque de Nemours recibía una carta de la duquesa Isabel suplicándole se confiara á la clemencia del rey, aceptando como buenas sus promesas. Jaime, que estaba debilitado y sin fuer-

zas por efecto de su larga y cruel cautividad, abrió un momento de confianza; hizo algunas confesiones y su largo proceso cambió de repente la marcha que hasta entonces había seguido, viéndose ya próximo al desenlace.

El rey había prometido que si los jueces se negaban á dar la absolución, procuraría él mismo facilitar la fuga del noble cautivo. Sólo que Luis XI cumplía á veces la palabra de un modo terrible.

### III

#### ¡POBRE CORDERO!

Era el 4 de Agosto de 1477; había hecho un día caluroso y sofocante, así es que la mayor parte de la gente armada de Armagnac se había reunido al declinar el sol en la posada de la Amapola, que tenía por divisa el escudo del duque de Nemours. El marido de aquella mesonera soberana no profesaba opiniones políticas, pero en cambio la Amapola pasaba por una furiosa partidaria de Armagnac.

No era el calor la única causa de la fatiga que experimentaban los servidores del castillo de la Marche. Detrás de sus elevados muros oíase un ruido inusitado que denunciaba la grande animación precursora de sucesos extraordinarios; sin duda se presentía que el grande y triste drama en que Jaime de Armagnac representaba á la vez el papel de héroe y de víctima tocaría á su desenlace antes de expirar la jornada. Desde la mañana, los correos montados no habían cesado de galopar entre el castillo y la Bastilla y entre la Bastilla y el palacio de San Pablo, residencia en aquella sazón del rey Luis XI. Esperábanse con ansiedad noticias de Noyon, en la confianza de que en aquellos momentos habría recobrado ya su libertad el duque, ó por sentencia ab-

solutoria del Parlamento ó por favor y longanimidad del monarca.

—A mi vez grito yo: ¡Viva el rey!—decía con entusiasmo la Amapola, mientras escanciaba vino fresco al concurso reunido en su mesón.—He gritado *viva el rey*, porque nuestro señor va á regresar de un momento á otro, lo cual hará que los hombres de Armagnac no lleven sus bolsillos desprovistos de buenos escudos.

—Y para que del bolsillo de la gente de armas de Armagnac—interrumpió Marmarón, un alto y arrogante arquero,—los escudos resbalen hasta caer dentro de la gaveta de la señora Amapola.

—¿No estarían mejor ahí que en tu bolsa agujereada?—repuso la buena mujer;—pero no será hoy ciertamente el día en que se llene la gaveta de la tía Amapola. ¡Se bebe aquí gratis, hasta la noche, para celebrar el feliz regreso del señor duque!

Los soldados y servidores no pudieron dejar de gritar entonces de todo corazón: ¡Viva la tía Amapola!

—Lo que me hace más gracia—exclamó ésta, en tanto vaciaba su vaso con la mayor soltura del mundo—es que el hermoso pollito Olivier de Graville se va á quedar con un palmo de narices. Habíasele prometido que llegaría á ser duque de Nemours, ¿no sabíais eso?... ¡Toma, toma!... He aquí al cazador Bonifacio que pasa cargado de piezas, como en los buenos tiempos. Mirad también á Orillón, el pobre pescador, que trae barbos y carpas de la otra ribera del Sena. ¡Alabado sea Dios! Cuando humean en grande las chimeneas de la cocina, es señal de que reina la alegría en el interior de la casa. ¡Bonifacio, echa un trago! ¡Un traguito también, Orillón!

Cazador y pescador, detuviéronse entrambos á la puerta de la posada para recibir cada cual, de

mano de la Amapola, una enorme jarra de vino. Y como ella por su parte bebía también cada vez que invitaba á los otros, su alegría iba en aumento hasta no reconocer ya límites.

—¡Armagnac, Armagnac!—gritaba incesantemente,—creo que hasta obligaría á brindar conmigo al mismo hermano Pacífico si no estuviera oculto en algún rincón leyendo sus viejos mamotretos ó fundiendo metales.

El nombre del hermano Pacífico produjo cierto movimiento entre los circunstantes. Claudio el repostero dejó su vaso encima de la mesa y dijo:

—Verdaderamente desde esta mañana no he visto á ese pajarraco.

—Pájaro de mal agüero—balbuceó Bonifacio.—¿No habéis observado qué diferente está desde que el joven duque Juan ha regresado á la Marche?

Era verdad que desde la llegada del heredero de Armagnac al castillo la conducta del preceptor había totalmente cambiado; de vez en cuando arrojaba sobre el niño miradas recelosas, y precisamente el día anterior, mientras que Juan de Armagnac estaba encerrado con él, habíanse oído gritos penetrantes que partían del aposento en que ambos se encontraban.

Guillermo de Soles, escudero de la duquesa, se precipitó á la puerta del mismo seguido de algunos servidores, habiendo encontrado al pequeño Juan con los ojos bañados en lágrimas peleándose con el hermano Pacífico, quien tenía en la mano una especie de lanceta de acero.

Encima de la mesa había un frasco lleno de líquido de color de sangre.

El niño manifestó su pecho llorando amargamente, y Guillermo de Soles pudo ver por debajo de la camiseta entreabierta las huellas de recientes pinchazos. En vista de esto, Guillermo de Soles sacudió

vivamente al hermano Pacífico con la hoja de su espada.

—¡Pobre criatura!—dijo la Amapola encogiéndose de hombros —¿Qué hacer? El infeliz no ha inventado la pólvora, como suele decirse. Por cierto que el diablo debe estar dando su merecido al que la descubrió, puesto que los soldados se asemejarán pronto á los boticarios, y en lugar de lanza sólo Dios sabe qué instrumentos van á llevar. ¡Armagnac, Armagnac!, y seguid bebiendo... Anda, bebe como los otros si quieres tú también, Amapola, esposo mío pues hoy hay para todo el mundo... Por lo que hace al hermano Pacífico, he visto con mucha frecuencia sus brazos y sus espaldas completamente negros de los golpes que le daba el duque. Pero jamás le he oído quejarse, y esto os lo aseguro con toda formalidad. Es torpe, es desgraciado, carece de valor, aunque sepa leer, escribir y hasta el latín de la Misa; pero es más bueno que el pan... ¡Es un pobre cordero!...

En este instante resonó el galope de un caballo sobre el firme de la carretera y se oyó el alegre chasquido de un látigo de postillón.

—¡Nicolás, Nicolás!—gritaron á un tiempo todos los hombres de armas de Armagnac, asomándose á las ventanas.—He aquí al correo Nicolás, que vuelve de Noyon.

El correo acababa de echar pie á tierra, y de una fuerte patada abría el portillo del mesón. La Amapola le salió al encuentro, llevando en la mano una jarra llena de vino.

—Eso mismo pensaba yo durante mi carrera á lo largo del camino—exclamaba Nicolás, mirando con cariño á la mesonera;—apuesto, decía para mi capote, que voy á encontrarla en el dintel de la puerta con una gran jarra llena en la mano. Sois de lo que no se ha visto jamás por lo buena, tía Amapola.

Y eso diciendo, tomó la jarra, vacióla de un trago y dió las más vivas gracias á la buena mujer, exclamando con gravedad cómica:

—Compadre Amapola, todo va bien, todo es felicidad.

El compadre Amapola hizo un gesto de aprobación, y los hombres de Armagnac gritaron con impaciencia:

—¿Qué noticias hay, Nicolás? ¿Qué noticias traes?

—El duque nuestro señor está ya camino de París —respondió el correo.

Estalló entonces un hurra general, y la blanca gorra de la Amapola voló hasta el techo.

—¡Ah!—dijo en el colmo de su alegría.—Armagnac, Armagnac, ¡viva el rey! ¡Los buenos tiempos han llegado otra vez! ¿Nuestro señor ha sido, por fin, absuelto?

—En cuanto á eso—respondió Nicolás,—no estoy enterado. Guillermo de Soles, que se ha quedado allí encargado de combinarlo todo, me ha dicho: «Monta á caballo, Nicolás, y revienta, si es preciso, al animal, para llegar al castillo antes de anochecer. Dirás á la duquesa que prepare al duquesito Juan para recibir á nuestro señor, que te sigue á una hora de distancia...» He aquí cuanto sé. Venga ahora otra jarra.

Mientras engullía la segunda dosis, los servidores de Armagnac comentaban el mensaje de Nicolás, quien, al devolver el vaso á la posadera, le dirigió esta pregunta:

—¿A quién llamabais poco ha pobre cordero, tía Amapola?

—¡Ah!—exclamó la buena mujer.—¿También oíste eso? Estaba hablando del hermano Pacífico.

Nicolás tosió intencionadamente.

—¡Hum, hum!—murmuró.—¿Es el roedor de per-

gaminos? Muchas veces me produce á mí el efecto de un lobo el tal corderito.

—¡Es posible!—dijo la ventera.

—Escuchad—dijo Nicolás, tomando un aire de completa formalidad,—yo ando siempre bebiendo los aires por esas encrucijadas de Dios, y he dado con él con mucha frecuencia. Cuando cree estar solo, Pacífico yergue sus encorvadas espaldas y sus ojos brillan como encendidos carbones. Otras veces se arrastra como una babosa en el musgo. ¿Qué buscará? Os hablo de él, porque ahora mismo acabo de encontrarle entre los matorrales que bordean la carretera hacia la puerta de San Germán. Habríaisle visto completamente tendido boca abajo como una culebra. Al ruido de mi caballo se ha incorporado súbitamente; por cierto que es mucho más ágil de lo que parece, pues en dos saltos se ha metido dentro de lo espeso de la selva; ahora bien: ¿podrías decirme, vos que tanto le alabáis, por qué á estas horas anda vagando por los contornos de París?

—¡Pobre criatura!—respondió la mesonera.—Hado á ver á sus dos hijitos, que están en el arrabal de Arcueil.

—¡Sus dos hijitos!—repitieron á coro todos los hombres de Armagnac, mientras la criada del mesón exclamaba con profunda sorpresa:

—¿Pero será verdad que tenga hijos el hermano Pacífico?

—¿Pues no lo sabíais?

—Como quiera que sea, es bien extraordinario que haya encontrado una mujer semejante hombre.

—Pues él encontró una, y por cierto más guapa que tú, pimpollo—replicó con acritud la Amapola.

Los hombres de Armagnac se miraban unos á otros con estupefacción.

—Tía Amapola—dijo el correo Nicolás, haciéndolo

se eco de la curiosidad de todos,—¡cuánto diera yo por que nos contarais la historia de vuestro hermano Pacífico!

#### IV

##### HISTORIA DE PACÍFICO

El semblante risueño de la tía Amapola tomó de pronto un aire de tristeza, y dirigiéndose á Nicolás, pronunció estas palabras:

—Es una triste historia, pero os la contaré, ya que lo deseáis. Pacífico se llama Andrés ó Andeol, como dicen en nuestro país, allí al otro lado de las montañas de Mirande. Como veis, es del país de Armagnac, lo mismo que mi marido y yo, y es además también primo hermano del soldado Jerónimo Ripalle. Me parece que le veo aún cuando de pequeño estaba siempre á la puerta del convento de San Benito de Mirande. El pobre no tenía padre ni madre, y toda su familia se reducía á Jerónimo Ripalle, que era mucho mayor y le pegaba... Iba siempre cubierto de harapos y no soltaba jamás sus libros viejos y llenos de mugre, pues entonces sabía ya leer. Los monjes le daban la comida, y cuando cumplió la edad de quince años quiso entrar en el convento. A mí en persona me ha dicho más de una vez que antes se arrojaría al mar que consentir tener entre sus manos una espada ó un arcabuz.

Al llegar aquí fué interrumpido el relato de la Amapola por un murmullo general de los circunstantes, y hasta el mismo ventero, que no gozaba fama de valiente, dejó escapar una palabra de desprecio.

—¿Qué queréis?—continuó diciendo la buena Amapola,—así nació: es un pobre cordero. Como iba diciendo, era estudiante en el convento de los bene-